

aquellos inmensos preparativos dos resultados inmediatos; una expedicion á la India, y otra al Egipto, doble proyecto que llamaba su atencion desde que dejaba de fijarse en el estrecho de Calés. Según su costumbre, habia mandado que á las divisiones armadas bajo el pie de guerra, se añadiesen medios de transporte que consistian en buques viejos y en fragatas armadas como urcas, que permitian llevar mucha gente y viveres, sin necesitar para ello gran número de velas. Así es, que podia embarcar doce mil hombres en Brest, cuatro ó cinco mil en Lorient, y tres mil en Rochefort, provistos unos y otros con viveres para seis meses. En Tolon existian medios de embarque para veinte mil hombres con viveres para tres meses. En Cádiz se habian mandado hacer iguales preparativos para otros veinte mil hombres, pero sin señalar una época tan cercana.

Aprovechando la incertidumbre en que se encontraba la Inglaterra al verse á la vez amenazada por tantos y tan diversos puntos, la expedicion de Lorient era la primera que debía partir, para llevar á la isla de Francia los cuatro ó cinco mil hombres que podia embarcar. Si llegaba felizmente aquel refuerzo de hombres, municiones y fuerzas navales, iba á convertir á la isla de Francia en un puesto formidable para el comercio de las Indias. La expedicion de Brest era la segunda que debía salir. Si llegaba tambien á la isla de Francia, el general Decaen, con una fuerza de diez y seis á diez y siete mil hombres, y una fuerte escuadra, se hallaba en disposicion de destruir, ó por lo menos debilitar el imperio británico en la India. Por último, un poco despues, el almirante

Ganteaume debía conducir veinte mil hombres á Sicilia ó á Egipto, mientras que la escuadra de Cádiz se hallaba en posicion de poderle seguir en una de aquellas direcciones. Lo menos que podia resultar de aquellas tentativas combinadas, era en el Océano el abastecimiento de las colonias, en el Mediterráneo la conquista de un punto importante, y en ambos mares, tal confusion para el almirantazgo inglés, que no podria intentar nada contra las colonias españolas.

En tanto que discutia con obstinacion estos diferentes planes con el ministro Decrés ó con los almirantes encargados del mando, y dictaba órdenes sobre el conjunto, ó rectificaba sus pormenores oyendo á los hombres prácticos, Napoleón, en sus momentos de ocio, montaba á caballo, corria por la orilla del mar, visitaba la embocadura del Adour y recogia por sí mismo muchos datos relativos á la marina. Desde que estaba en las Landas y habia visto que yacian pudriéndose en el suelo magníficos pinos y encinas, por falta de medios de transporte, se prometió vencer la naturaleza á fuerza de arte. El corazón se me despedaza, escribia á Mr. Decrés, al ver perecer inútilmente maderas tan raras y preciosas. Primero mandó trasladar una parte de ellas á Mont-de-Marsan, por la corriente del Adour, y despues preparar yuntas de buyes para llevarlas hasta Langon, y hacerlas bajar en seguida por el Garona hasta Burdeos y la Rochela. Como este medio de transporte era muy costoso, se obstinó en construir en el mismo Bayona, para emplear el resto de las maderas del país. El único obstáculo era la barra que obstruye el rio: en la alta marea no daba mas que catorce

pies de agua, lo cual no era bastante para un buque de setenta y cuatro, que era de las únicas dimensiones que quería se construyese en aquel puerto. Imaginó algunos trabajos que debían hacer retroceder la barra varios centenares de toesas, y proporcionar en seguida, un fondo de veinte ó treinta pies, porque alejándose, la mar era en extremo profunda, y la barra bajaba en proporción. Hizo venir ingenieros de Holanda, para discutir y acordar con ellos aquellos trabajos. Luego adoptó muchos proyectos para enviar á las colonias reclutas, harinas de que carecían, y traer azúcares y café, de que no sabían qué hacer. Ofreció á los armadores mercantes cierta suma por tonelada, por el transporte de hombres y municiones. Como exigían demasiado, decidió la salida de corbetas y fragatas, que debían llevar reclutas y harinas, y traer géneros coloniales por cuenta del Estado. *En circunstancias extraordinarias, decía, es preciso emplear medidas extraordinarias: peor sería no hacer nada, porque las colonias se morirían de hambre entre sus barricas de azúcar y de café, y nosotros careceríamos de artículos tan preciosos, rodeados de nuestras harinas y salazones que no se venderían.*

En aquellos momentos acababa de llegar á Bayona cierto número de españoles notables, elegidos por Napoleón en las diversas provincias de España, para componer una junta. Habían respondido á su llamamiento, unos porque estaban convencidos de que para la felicidad de su patria, para evitarla una guerra asoladora, para salvar sus colonias y asegurar su regeneración, era preciso adherirse á la dinastía Bonaparte; y otros, porque

los guiaba el interés, la curiosidad, y la simpatía que inspira un hombre extraordinario. Sin embargo, la insurrección que había estallado en Madrid el 2 de mayo, se había comunicado simultáneamente á muchas provincias: á Andalucía por causa de su distancia de las tropas francesas, á Aragón por el espíritu nacional de aquella provincia fronteriza, y á Asturias por un antiguo sentimiento de independencia peculiar de aquella región inaccesible. Allí, la opinión de los hombres ilustrados tenía que ceder á la del pueblo, que se guiaba menos por consideraciones políticas, que por el atentado cometido contra una dinastía nacional. En aquellas provincias, ni se había podido, ni nadie se atrevía á nombrar diputados para la junta de Bayona. El gobierno de Madrid había suplido nombrándolos él mismo. Algunos, aunque inclinados á trasladarse á Bayona, temían no obstante ir allí; porque comenzaba á difundirse universalmente la idea de que el que iba á Bayona no volvía. Una especie de terror popular y supersticioso se había apoderado de todos los ánimos. Las tropas que se había tratado de dirigir hacia los Pireneos, y especialmente los guardias de Corps, se negaron obstinadamente á obedecer, lo cual era muy desagradable, porque la insurrección podía contar con aquellas fuerzas. Napoleón, advertido por Murat de aquella disposición de los ánimos, envió á la Península por algunos días á los duques de Frias y Medinaceli, con otros varios personajes notables, para manifestar que los que iban á Bayona podían regresar.

Estaba concluyéndose el mes de mayo, y el espíritu público iba alterándose visiblemente en

España, especialmente por la tardanza en la proclamacion del nuevo rey. Murat pedia con instancias que se concluyera, para decidir desde luego una cuestion que le preocupaba mucho, y para evitar que continuasen alterándose los ánimos de los españoles. Napoleon, que adivinaba perfectamente las miras personales de su cuñado, y que no podia hacer que llegase mas pronto la contestacion que esperaba de Napoles, le escribió de la manera mas dura, y Murat, agitado por mil cuidados, y esperanzas alternativamente concebidas y abandonadas, atormentado por las injustas reprensiones de Napoleon, concluyó por sucumbir al clima y á sus propias emociones. Fué atacado de una fiebre casi mortal, que puso en peligro su vida, y que persuadió al pueblo bajo, que el lugar-teniente de Napoleon habia sido castigado por la Providencia. Esta supersticion popular y la súbita desaparicion de la autoridad del lugar-teniente general, no era el menor de los inconvenientes en aquellas circunstancias.

Por fin, Napoleon supo en los primeros dias de junio despues de esperar tres semanas, la aceptacion y llegada de José que no habia podido contestar ni presentarse antes, por causa de las distancias. El 6 de junio, vispera de su llegada, Napoleon se decidió á proclamarle rey de España, para que pudiera presentarse en Bayona con aquella cualidad, y recibir inmediatamente los homenajes de la junta. En su consecuencia, Napoleon espidió un decreto, en que apoyándose en las declaraciones del Consejo de Castilla, proclamaba á José Bonaparte rey de España y de las Indias, y afianzaba al nuevo soberano la integridad de sus estados de

Europa, Africa, América y Asia. El 7 de junio Napoleon salió á esperarle por el camino de Pau, y le colmó de demostraciones sinceras y al mismo tiempo calculadas, porque le amaba, y queria darle prestigio con la junta. José estaba embriagado de gozo con su grandeza, é inquieto tambien por las dificultades que preveía, dificultades de que la revolucion de la Calabria podia ya hacerle presagiar una parte. Como todos los hombres que eleva la fortuna, era menos feliz de lo que creía la envidia. Recibia con terror el reino de España, que Murat anhelaba hasta morir por él, y en su perplegidad echaba de menos su dulce reino de Napoles, que no bastaba á mitigar el dolor de Murat. Escena estraña que no era la menos singular de las que debia ofrecer aquella familia, colocada algunos instantes por un grande hombre en la region de las fabulas, para volver á caer en seguida en la de las realidades, desde la altura de los mas elevados tronos de la tierra.

En cuanto llegó José, Napoleon le presentó los personajes mas elevados de España que habia atraído sucesivamente á Bayona á título de individuos de la junta, ó como hombres importantes que deseaba conocer, y á quienes la insinuacion de aquel deseo lisongeaba bastante para que se apresurasen á complacerle. José participaba en su semblante algo de la belleza de Napoleon, menos de su perfecta regularidad, de su mirada, y de lo que revelaba, en fin, en el vencedor de Rivoli y de Austerlitz, la presencia de César ó de Alejandro; pero suplía aquella falta con una estremada dulzura, y con cierta gracia mezclada con un poco de altivez afectada. Los hermanos de Napoleon habian

contraído á su lado la costumbre de hablar de ejércitos, de diplomacia y de administracion, y lo hacian bastante bien para desempeñar dignamente el papel extraordinario que los hacia representar el autor de su fortuna. Ademas, ninguno de ellos carecia de talento. Ante aquellos grandes de España envanecidos con sus títulos, pero seducidos ya por la presencia de Napoleon, José hizo tantos cumplidos, y ostentó de tal modo los conocimientos que habia adquirido en Napoles, que supo agradar é inspirar confianza en su capacidad. Como el servilismo es una especie de contagio, la mayor parte de los españoles que le rodeaban, comenzaron á encomiar sus virtudes y aun á creerlas. Los duques de San Carlos, del Infantado, del Parque, de Frias, de Híjar, de Castel Franco; los condes de Fernan Nuñez, de Orgaz y el mismo famoso Cevallos tan enemigo de los franceses, se inclinaban ya á pensar que el interes bien entendido de la España exigia la sumision á la nueva dinastia, lo que seguramente era cierto. Los señores Ofarril y Azanza, ministros de Guerra y Hacienda, que habian sido llamados á Bayona, iban adquiriendo la misma conviccion; lo cual era muy natural en ellos, por la circunstancia de no ser palaciegos, sino hombres de estado, poco sujetos á la fidelidad doméstica, y obligados únicamente á buscar en la política la mayor felicidad de su pais. Para semejantes hombres, no podia haber duda en la ventaja de reemplazar con la nueva la antigua dinastia. En cuanto se acercaron á Napoleon quedaron admirados, casi olvidaron su modo de proceder con la familia destronada, y prometieron servir al nuevo rey. Mientras aguardaba la llegada de José, Na-

oleon preparó con los españoles que se encontraban en Bayona, un proyecto de constitucion acomodado á la época y á las costumbres de España. Se convino que en el palacio episcopal de Bayona, preparado al efecto, se reuniria la junta, reconoceria al rey, y discutiria la constitucion para darla la apariencia de una adopcion libre y espontánea. Como se convino se ejecutó con una exactitud enteramente militar. José llegó el 7 de junio; el 15 se convocó la junta bajo la presidencia del señor de Azanza, ministro de Hacienda de Fernando VII, destinado á serlo de José, y digno de que le conservase todo monarca ilustrado. El señor Urquijo desempeñaba las funciones de secretario. Despues de algunos discursos de mera fórmula, en que todos repetian que era preciso recibir de mano de Napoleon un miembro de aquella milagrosa dinastia enviada á la tierra para regenerar los tronos, y que aquel miembro era José Bonaparte, se leyó el decreto imperial que proclamaba á José rey de España y de las Indias; y luego fueron á ofrecerle los respetos de la nacion española, de la que desgraciadamente representaban las luces, pero no las pasiones. Despues de José visitaron á Napoleon, y dieron gracias al poderoso bienhechor á quien creian deber el mas halagiteño porvenir.

Los dias siguientes se leyó el proyecto de constitucion, y se presentaron algunas enmiendas que fueron tomadas en consideracion. Estaba calcado sobre la constitucion francesa, escepto algunas modificaciones adaptadas á las costumbres de España, y contenia las disposiciones siguientes.

Una monarquía hereditaria trasmisible de varon en varon, por orden de primogenitura, re-

versible de la rama de José, á las de Luis y Gerónimo: jamás podria ser incorporada á la corona de Francia, lo cual aseguraba la independencia de España.

Habria un senado compuesto de veinte y cuatro miembros, encargado como el de Francia, de velar sobre la observancia de la constitucion, provisto de la facultad de proteger la libertad individual y la de imprenta, por medio de una comision que debia declarar los casos en que habia violacion de una y otra.

Una asamblea leislativa, que comprendiera bajo el nombre de *banco del clero*, veinte y cinco obispos nombrados por el rey: con el de *banco de la nobleza*, veinte y cinco grandes de España designados tambien por el rey; sesenta y dos diputados de las provincias de España y de las Indias, treinta diputados de las principales ciudades, quince comerciantes notables y quince letrados ó sabios en representacion de las universidades ó academias, elegidos todos por aquellos á quienes debian representar; cuya asamblea, que deberia reunirse por lo menos cada tres años, discutiria las leyes, y votaria por tres años los presupuestos de ingresos y gastos.

Una magistratura inamovible que administraria justicia con arreglo á las formas de la legislacion moderna, bajo la jurisdiccion de un tribunal supremo, que no era otro que el Consejo de Castilla, conservado con el titulo de tribunal de Casacion.

Y por último, un Consejo de Estado, regulador supremo de la administracion, á imitacion del de Francia.

Tal fué la constitucion de Bayona, que seguramente era muy adecuada á las costumbres de España y al estado de su educacion politica. En ella no se habló de la inquisicion, ni del clero, ni de los derechos de la nobleza, porque no se debia eliminar ni disgustar á ninguna clase de la nacion. Se dejaba á la legislacion el cuidado de sacar mas adelante todas las consecuencias de los principios sentados en aquel código que contenia el germen de la regeneracion de España.

Terminada la constitucion, se celebró una session régia el 7 de julio, en el local en que la junta celebraba las suyas. José, sentado en el trono, leyó un discurso, en que manifestó los sentimientos de adhesion con que iba á emprender el gobierno de España, y despues, puesta la mano sobre los santos Evangelios, prestó juramento á la constitucion. En seguida la junta le prestó tambien á la constitucion y al rey, cuyos actos fueron acompañados de las mas estrepitosas aclamaciones. La junta se trasladó sin dilacion á Marac para cumplimentar al respetado autor de todas las cosas de aquel tiempo.

Urgía sobremanera que José fuese á tomar posesion de su reino. Ya se decia que los españoles animados con la vista de la sangre derramada el 2 de mayo en Madrid, é indignados de la astucia con que la familia de los Borbones habia sido llevada á Bayona y despojada en ella, se insurreccionaban en Andalucía, Aragon, y Asturias, y que el camino que tenia que atravesar el nuevo rey no estaba muy seguro. Era preciso marchar para llevar á Murat enfermo, atacado de un delirio continuo, y que pedia dejar un pais que ya aborrecia

y donde no podia permanecer sin peligro de su vida.

Napoleon, que comenzaba á abrir los ojos, y que no queria enviar á su hermano á una nacion estrangera sin hacerle respetar, preparó nuevas fuerzas para que le sirviesen de escolta. Las reservas de infanteria que habia organizado en Orleans, y las de caballeria que habia reunido en Poitiers, estaban en España á las ordenes de los generales Verdier y Lasalle, y formaban un cuerpo de ejército que ocupaba el centro de Castilla. Con algunos antiguos regimientos sacados del grande ejército, habia recompuesto los campos de las costas, y de aquellos campos reformados pudo sacar cuatro hermosos regimientos, el 15 de linea, y los 2, 4 y 12 de infanteria ligera. Les agregó los lanceros polacos, y ademas un magnifico regimiento de caballeria que Murat habia formado en el pais de Berg, y de aquellos diferentes cuerpos compuso una division de tropas aguerridas, con las cuales debia José dirigirse á Madrid lentamente para no cansar á los soldados y dar á los españoles tiempo para que viesen á su nuevo rey. La junta y los grandes de España debian tambien acompañarle.

José emprendió la marcha el 9 de julio escoltado por soldados veteranos, y seguido de mas de cien carruages que ocupaban los individuos de la junta. Napoleon le acompañó hasta la frontera; le abrazó, y le deseó buen ánimo, sin decirle todo lo que ya preveia en su profunda inteligencia. El débil corazon de José no hubiera resistido á semejantes revelaciones, aunque el genio de Napoleon, medio iluminado sobre el porvenir, no vió todavía

el cúmulo de males que se iban á originar de la gran falta cometida en Bayona.

Tales fueron los medios con que Napoleon, obediendo á una idea sistemática, mucho mas que al afecto de familia, porque tenia con que enriquecer á sus parientes sin usurpar la corona de España, logró destronar á los últimos Borbones que reinaban en Europa. Como por razon de su debilidad no podia emplear con ellos la fuerza, porque hubiera sido una ridiculez declarar la guerra á Carlos IV, quiso emplear la astucia y hacerlos huir atemorizándolos. La indignacion de la España detuvo en su fuga á aquellos desgraciados Borbones, y entonces se aprovechó de sus disensiones domésticas para atraerlos á Bayona, con la esperanza de una justicia, que les administró como el juez de la fábula que daba á los litigantes la concha de la ostra. De este modo pasó de la astucia á la bellaqueria, y añadió á su nombre la segunda de las dos manchas que empañan su gloria. Para que se le pudiera absolver, le quedaba que hacer mucho bien á la España, y por medio de esta á la Francia. Empero la Providencia no le reservaba ni aun este medio de purificarse de una perfidia indigna de su nombre y de su carácter.

Mas no anticipemos la justicia de los tiempos. Las narraciones siguientes mostrarán bien pronto esta terrible justicia, que salió de los mismos acontecimientos, y castigó al genio, que como la mediania, no se halla dispensado de la lealtad y del recto juicio.